

## **Democracia y Violencia en Colombia:** **el Papel de las Ideas**

Por Eduardo Posada Carbó

Quienquiera examine con algún detenimiento el desarrollo político colombiano desde 1958, no tarda en identificar la coexistencia paradójica de la institucionalidad democrática con la violencia de los grupos guerrilleros que, desde entonces, proliferaron y perseveraron de manera extraordinaria en el continente. Algunos resuelven esta paradoja en forma simple, negando que aquí haya existido o exista sistema democrático alguno. Para quienes aceptamos que el sistema político colombiano tiene válidas credenciales democráticas, dicha coexistencia exige explicaciones.

Hasta hace poco, la explicación quizá más difundida - y aceptada en amplios círculos -, sobre el auge y expansión de la guerrilla en los años posteriores al retorno de la constitucionalidad, fue el supuesto carácter cerrado del Frente Nacional: la insurgencia armada habría sido la respuesta a la falta de canales políticos democráticos. Esta tesis me parece cada vez más insostenible, en particular tras los procesos que han seguido a la Constitución de 1991. Más aún, podría decirse que la paradoja se hizo extrema en décadas recientes, cuando los sendos crecimientos de las Farc y del Eln han coincidido con la intensificación de la democracia. La explicación hoy del fenómeno guerrillero suele entonces prestar menos atención al carácter de la democracia, y prefiere subrayar en cambio el impacto del narcotráfico y de otros mecanismos de financiación ilícita – como la extorsión o el secuestro -, en el sostenimiento de la lucha insurgente.

Ausente por lo general de estas explicaciones está el papel que han jugado las ideas, tanto en estimular la violencia como en minar la institucionalidad democrática y sus vías políticas. Se acepta, por supuesto, que las Farc abrazaron el marxismo-leninismo. Se reconocen también los orígenes castristas del Eln, y sus deseos de emular la revolución cubana. Y se recuerda a ratos cómo la victoria Sandinista en

Nicaragua reanimó el espíritu revolucionario en Colombia. Sin embargo, creo que hace falta una reflexión más sistemática sobre las ideas que buscaron darle legitimidad al uso de la violencia y sus efectos en la democracia liberal colombiana.

\* \* \* \* \*

Una reflexión como la propuesta tendría que prestar atención especial al clima intelectual dominante de esos años.

“En la década de los sesenta”, ha escrito el historiador Marco Palacios, “la violencia genérica aparecía como un ejercicio de purificación colectiva, en una clave que habría sonado familiar a los anarquistas y *narodniki* rusos del siglo XIX. La atmósfera de aquellos años estaba cargada de *huracanes sobre el azúcar*; de *condenados de la tierra* empuñando los fusiles de la liberación nacional;... de la *gran revolución cultural proletaria* maoista de los guardianes rojos con su consigna de un absolutismo adolescente: *La rebelión se justifica*” (en Jaime Arocha et al, eds., *Las violencias: inclusión creciente*, Bogotá: 1998, p. 11).

Las ideas que alimentaban aquella atmósfera se inspiraban en el marxismo-leninismo. ¿Cuál fue su verdadero grado de influencia entre nuestros intelectuales? ¿Cuáles los textos más leídos? ¿Cómo fueron interpretados en Colombia? Estas y otras preguntas similares esperan respuestas más sistemáticas. Por lo pronto quisiera sugerir algunas de las consecuencias de tales doctrinas en la política nacional.

Ante todo, el marxismo provocó mayores niveles de violencia, al justificar la lucha armada. Esta observación, en apariencia tan obvia, suele pasarse a la ligera. Como lo ha señalado el profesor de Harvard Richard Pipes, donde el marxismo fue sometido a revisiones y lograron, como en los países de Europa occidental, acercar sus postulados socialistas al liberalismo, se desarrolló allí la social democracia. Pero otras revisiones, como en el Tercer Mundo, “tendían a exacerbar los elementos de violencia” (*Communism. A Brief History*, Londres: 2001, p. 17). Las ideas de Lenin y Mao contribuirían a esa exacerbación de la violencia hasta el terror.

En segundo lugar, al privilegiar los métodos violentos por encima de la política – o al reducir toda la política a la confrontación violenta, que es negar la política misma -, el marxismo entre nosotros contribuyó significativamente a que la llamada izquierda no lograra desarrollar organizaciones electorales competitivas, es decir, partidos democráticos que canalizaran sus aspiraciones de poder.

Su influencia al respecto se remonta a los mismos orígenes del Partido Comunista en Colombia. Repárese, por ejemplo, las memorias de Ignacio Torres Giraldo (*Los inconformes*), donde se hace claro el desprecio hacia los colegas socialistas que en las primeras décadas del siglo XX favorecían entonces el juego parlamentario: sus tareas “electoreras” parecían obstruir las faenas gloriosas de la “revolución” que sentían cocinar. No es que sólo se opusieran al sistema: tampoco creían por principio en las elecciones ni en las instituciones representativas. Años más tarde, el Partido Comunista impulsaría abiertamente el absurdo y criminal postulado de “la combinación de todas las formas de lucha”, de tan nefastas consecuencias.

Ha sido un fácil expediente el acusar tradicionalmente al “sistema” por los resultados frustrantes de partidos que se consideran de izquierda. Se requiere una franca visión autocrítica desde esa misma izquierda, como lo han sugerido prestigiosos académicos – colombianos, como Eduardo Pizarro Leongómez, o norteamericanos como Charles Bergquist. ¿Cómo pretender que partidos políticos, que en el pasado privilegiaron la revolución y el abstencionismo, pudiesen haberse consolidado en el largo plazo como organizaciones electorales competitivas? El efecto anti-democrático del marxismo, aún entre quienes suscribieron sus postulados, no puede pues subvalorarse o, menos aún, ser ignorado.

Además de provocar mayores niveles de violencia y de desalentar la vía electoral entre la izquierda, el marxismo contribuyó a minar la institucionalidad democrática y liberal colombiana en otros campos, en dimensiones quizá insospechadas. Desde la perspectiva de las ideas, el predominio del marxismo

significó que la democracia liberal y sus valores fueron perdiendo entre nosotros defensores intelectuales. Tal abandono intelectual tuvo serias consecuencias, por lo menos, en tres áreas que apenas esbozo.

*Primera:* la adopción de pobres herramientas analíticas para estudiar el desarrollo de la política colombiana. Se tendió a cubrir todo el análisis de nuestra realidad bajo enfoques simplistas y maniqueos. Se dejó de distinguir entre un gobierno y otro, entre un político y otro, entre un partido (o facción) y otro. El lenguaje entre muchos de nuestros analistas políticos fue perdiendo así el sentido del matiz que exige el entendimiento cabal de las complejidades democráticas. *Segunda:* el desprecio hacia el reformismo, que condujo al gradual desconocimiento de cómo abordar procesos de reforma. *Tercera:* la percepción deslegitimante, ampliamente difundida, del Estado y sus instituciones democráticas, hasta convencer a los mismos miembros de la llamada “clase dirigente” de estar ellos gobernando “ilegítimamente” – el preocupante fenómeno de la auto-deslegitimación que he examinado en otro trabajo, publicado por la Fundación Ideas para la Paz en *Libros de Cambio/Alfaomega (“Ilegitimidad” del Estado en Colombia: sobre los abusos de un concepto: Bogotá, 2004).*

El marxismo colombiano no produjo quizá grandes ideólogos. Ello no quiere decir que la producción intelectual criolla no haya tenido o siga teniendo impacto alguno.

Ninguna otra figura revolucionaria nacional sea tal vez más relevante a esta reflexión que la de Camilo Torres, el cura que ha simbolizado entre nosotros los intentos más extremos de combinar el marxismo con el cristianismo. Su paso por la Universidad de Lovaina en Bélgica, algunos escritos sociológicos y su experiencia en la Universidad Nacional le confirieron credenciales intelectuales: una selección de sus escritos ha sido recientemente editada, en una colección que le coloca al lado de Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Antonio Nariño y Jorge Eliécer Gaitán (*Camilo Torres, El Ancora/Panamericana: Bogotá, 2002).*

Esta no es la ocasión para examinar la calidad académica de su tarea intelectual. Para efectos del presente artículo, me interesa destacar sólo algunos aspectos de la vida y obra de Torres que se desprenden de una primera lectura de la citada colección. Por encima de todo, sobresale su repetida justificación y hasta apología de la violencia: en su trabajo presentado al congreso de sociología de 1963, en su discurso ante los estudiantes de la Nacional en 1965, o en las distintas consignas del Frente Unido de ese mismo año, y, claro está, en su proclama donde anunció su incorporación a la “lucha armada”, bajo la consigna de ir “por la toma del poder para la clase popular hasta la muerte” (*Torres, op. cit., p. 137*).

Todavía algunos – más que algunos -, insisten en rescatar la figura del cura guerrillero para contrastar su idealismo de revolucionario soñador con las posiciones de la guerrilla contemporánea. Esta visión ingenua estaría ignorando que esos sueños de revolución cimentaron precisamente una ideología justificante de la violencia. En su discurso de la universidad Nacional, Torres invitó de manera expresa a los estudiantes a emular el decreto de “guerra a muerte” de Bolívar: “nosotros debemos promulgar hoy también un decreto de guerra a muerte, aceptando todo lo que sea revolucionario, venga de donde viniere, y combatiendo todo lo que sea antirevolucionario, venga de donde viniere” (*Torres, op. cit., p. 101*).

El lenguaje de Torres rechazaba, en su concepción, la democracia electoral, mientras difundía un mensaje de “idealismo auténtico”, de “entrega total” a la causa revolucionaria, que sólo podía desembocar en el fanatismo. Su impaciencia al abrazar la lucha armada – escasamente un lustro después de regresar de Lovaina -, fue una abierta manifestación contra el reformismo, presentada falsa y equívocamente, como una reacción contra la supuesta imposibilidad de la reforma.

En una sociedad tradicionalmente católica, el impacto de la figura del cura que invitó a los “colombianos patriotas” a ponerse “en pie de guerra”, y que cayó como mártir del Eln – el “Che Guevara de los católicos”, según su biógrafo Walter J. Broderick -, tendría pues que llamar más atención.

\* \* \* \* \*

No estoy sugiriendo que el marxismo-leninismo haya sido la única ideología propiciadora de la violencia después de 1958, ni que allí se encuentre la única explicación de la paradoja que motiva esta reflexión. Tan complejo problema sólo puede explicarse, sin duda, en una multiplicidad de factores. Y a las razones que dieron orígenes a los grupos guerrilleros habría que sumar otras para entender su desarrollo y persistencia hasta hoy.

Me ha parecido necesario, sin embargo, destacar la centralidad de esas doctrinas que han servido por décadas a la justificación de la violencia guerrillera. Por supuesto que esas ideas alcanzaron a tener notabilidad mundial, y tuvieron especial arraigo en Latinoamérica, especialmente después de la revolución cubana. Pero el caso colombiano – donde la explosión de grupos guerrilleros fue tal vez más extendida y donde su presencia ha sido más prolongada -, sugiere por lo menos examinar con mayor cuidado los aspectos ideológicos de la violencia, hasta ahora relativamente poco apreciados y, más aún, crecientemente ignorados.

La característica colombiana no es tanto el que la violencia guerrillera hubiese tomado dimensiones tan extraordinarias, como que las instituciones democráticas hubiesen sobrevivido su embate. Lo que nos lleva a otro interrogante: ¿Si el marxismo logró tanto predominio intelectual, cómo explicar la sobrevivencia de la democracia liberal en Colombia, un sistema político que aquí se fue quedando en apariencia sin defensores intelectuales? Tal vez una respuesta apropiada nos permita encontrar la ruta definitiva a la paz tan anhelada. De cualquier manera, la consolidación del Estado de Derecho exige deslegitimar todos los discursos que apelen a la violencia, una tarea que requiere apreciar mejor el papel de las ideas en la crisis colombiana, como lo he querido sugerir en esta reflexión.

*(Abril 8 de 2005).*